

MICHAEL MANN, *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansening*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005. 580 páginas.

En una ciencia política como la actual, tan confusa y plagada de abusos empiristas e historicismo, un libro como el que aquí reseñamos ofrece una buena ocasión para meditar sobre lo valioso de la investigación empírica y el estudio de la historia. Michael Mann, sociólogo de reconocido prestigio y autor de obras importantes como *The Sources of Social Power* (1986, 1993) y la reciente *Fascists* (Cambridge, 2004), nos presenta el fruto de un gran proyecto, de esos logros sólo al alcance de una academia bien dotada de medios económicos y equipos multidisciplinares dispuestos a sumar esfuerzos. En buena parte como continuación de sus trabajos anteriores y en especial de su última obra *Fascists*, Mann se adentra en la búsqueda de explicación a uno de los fenómenos contemporáneos más escandalosos: la práctica política infame conocida como limpieza étnica. No es una práctica nueva pues está documentada desde muy antiguo, pero sólo ha sido identificada recientemente como tal y reconocida así como fenómeno político producido en diversas partes del mundo y circunstancias históricas.

Mann procede a su estudio en dos pasos. Primero analiza y documenta los diferentes casos que presenta y entre los cuales hay algunos impregnados de terror sistemático como son los genocidios coloniales, Armenia, el Holocausto Nazi, Camboya, Yugoslavia o Ruanda; y otros de violencia menor como los ocurridos en la Europa moderna, la India contemporánea o Indonesia.

En todos ellos Mann se centra en la paradoja de que tales prácticas masivas y

tan excepcionalmente brutales se hayan cometido en torno a la tradición democrática occidental, o como resultado de acontecimientos gestados en la democracia occidental que ésta no supo parar a tiempo.

Este es el lado oscuro de una democracia que en muchas ocasiones ha fracasado en lo fundamental y que parece hacer pensar a Mann si no se ha debido quizá a fallos esenciales en la teoría y la práctica de la democracia de occidente.

Para el estudio de los casos cuenta con materiales recogidos por él mismo o su equipo de investigadores asociados. Se trata de asociados en un sentido bastante amplio de la palabra, pues incluye recolección de datos *in situ* e intercambio de dichos datos en foros universitarios compartidos. Sin duda una práctica muy sabia que hoy difícilmente sería posible fuera de las universidades norteamericanas. Los trabajos son en general meticulosos y cuidadosos. Se benefician indudablemente de la aportación de investigadores nativos de los lugares estudiados, becarios, profesores exiliados o investigadores especializados en esas áreas de estudio. Toda la obra se acredita por esta especialización bien conseguida.

En cuanto al estudio de hechos del pasado, Mann recurre al trabajo histórico. Su labor es notablemente explicativa, de narrador muy bien informado, que nos reconstruye argumentalmente y sobre las piezas numerosas y fidedignas de que dispone buena parte del panorama social en el que se produjeron los hechos. Ciencia empírica e histórica de muy buen nivel realizada por múltiples investigadores y

estudiosos universitarios dotados de medios económicos aceptables y buena formación. Mann actúa como director de orquesta que recoge el trabajo conjunto y lo articula con notable talento y capacidad.

El segundo paso que da el autor en este libro es el de aportar una explicación teórica al fenómeno de la limpieza étnica. Ésa es en realidad su intención, dar una explicación de por qué este horror se ha gestado en o a partir de sistemas políticos democráticos de corte occidental.

Para ello Mann abre con un capítulo en el que nos presenta lo que el denomina “The Argumenta” y en donde nos concentra la atención en esa limpieza étnica que el considera sin duda como “uno de los principales males del mundo moderno” (p. 2). Un mal que, para no dejar lugar a duda alguna, el libro considera “terribles atrocidades” (ibidem).

El estudio del mundo moderno queda inmediatamente planteado así como el de un mundo atroz. El punto central de referencia es sin duda, y con razón, la *shoah* u holocausto nazi del pueblo judío, un genocidio de los varios que se han producido en el mundo recientemente y junto a los que se registran muchos otros casos de menor alcance pero aun así de limpieza homicida.

Una vez presentados los hechos con la competencia del buen sociólogo, llega la explicación de un sociólogo historiador que compone la narración de los acontecimientos como una *explanatio* de los casos. Para hacer el camino, Mann echará mano de politólogos empíricos controvertidos (Ted R. Gurr es un buen ejemplo), de sociólogos de la violencia colectiva y de historiadores y periodistas.

Su explicación se presenta como una formulación teórica de las que con fre-

cuencia se han dado en la tradición de *comparative politics* norteamericana y que muy poco se parece a lo que se ha intentado hacer con ese nombre entre nosotros. Porque en EE. UU. la política comparada —aquí vendría mejor el término desechado y anticuado de política comparativa— les llevó a intentar extraer de sus estudios múltiples en el tiempo y en el espacio una teoría política empírica explicativa. Una teorización que sacase a la ciencia política de la inanidad descriptiva de la disciplina tal y como se había practicado hasta la segunda guerra mundial.

Para los familiarizados con los trabajos norteamericanos de 1945 a 1989, resultará familiar la abundancia de datos que nos da Mann, el respeto por la fuentes locales y la búsqueda de una formulación nomotética de los rasgos comunes encontrados en las distintas manifestaciones del fenómeno. El tono es científicamente aceptable y el lenguaje es utilizado con rigor y claridad, muy en la línea de aquella investigación politológica que contaba en cada círculo relevante con un filósofo de la ciencia (como lo fueron en los años sesenta C. G. Hempel, Hans Reichenbach, John Kemeny o Karl Popper) importado como gurú protector frente al bel-letrismo de la politología europea de la preguerra, plagada de juristas e historiadores metidos a politólogos.

Buscando la claridad (“for the sake of clarity”), Mann nos adelanta su explicación teórica en su primer capítulo en forma de ocho tesis que obviamente se propone dejar fundamentadas en los capítulos restantes. Se trata este primer capítulo de un texto que el autor, como es frecuente con los prólogos, obviamente ha escrito al final de todo como resultado de su esfuerzo y producto de su meditación.

Una práctica saludable porque nos permite ver paso a paso la argumentación de lo que nos afirma. La base en que se sustenta y los datos que lo avalan.

Se trata de una claridad un poco auto-suficiente o un tanto ingenua de esta ciencia boyante y bien pagada que se expone sin complejos al ojo del lector. Queda la duda de una fe sin límites en la claridad de los datos, la garantía de los procedimientos científicos y la seguridad de sus protocolos. A la vista de los numerosos esfuerzos conjuntados y del talento de Mann, no cabe duda de que estas tesis servirán a cualquiera de ayuda e invitación a la meditación y el cuestionamiento. Apresurémonos a decir que la tonalidad de estas aportaciones no es dogmática, ni impositiva. Este libro no se mueve en esa línea de tradición romántica que pretende convertirnos a una forma de explicar las cosas.

Otro gran beneficio de este libro es la aportación de abundantes datos y detalles sobre prácticas y hechos políticos ocurridos en zonas del mundo casi siempre ocultas a nuestra visión local. Sólo la capacidad de financiación y concertación de recursos de la academia americana es capaz de juntar medios, personas de diferente origen y documentación valiosa con la que componer de forma fiable un cuadro de los acontecimientos. Solo por eso, el libro ya sería muy recomendable. Es evidente que Mann ha contado con mucha y buena ayuda en su proceso de información. Y quedan pocas dudas de que él mismo ha viajado con profusión buscando la percepción *in situ* de los hechos que intentaba entender. Otra vez en la línea de los Henry Bienen, Manfred Halpern, Lucien Pye, o de los expertos locales importados en EEUU, Mann recurre al trabajo de cam-

po, a la comprobación y a la búsqueda de una comprensión cultural adecuada. Mann está claramente muy lejos del estudioso de gabinete que habla de los países sin haber viajado apenas. Aunque el lector no le haya seguido en sus viajes para comprobar este extremo, sí puede comprobar que, cuando Mann se refiere a temas que el lector sí conoce como próximos, la obra no se inventa nada ni gestiona datos que no comprende. Para empezar, respecto a España está claro que Mann ha buscado buenos socios y que él mismo pasó tiempo trabajando entre nosotros, al menos que uno sepa en la Fundación Juan March.

En el camino y debido a la profundidad con la que aborda los temas, Mann se inmiscuye en puntos de interés teórico de primer orden con numerosas sugerencias sobre su resolución. Sus datos sobre el mundo Nazi son de gran interés (ej. p. 233 ss), así como sus alusiones a la etnicidad como variable independiente (p. 170 ss), Sus anotaciones sobre el militarismo turco y sus raíces religiosas (p. 122), sus reflexiones serias sobre el genocidio de los llamados «indios» norteamericanos, incluso sus anotaciones sobre el exterminio de indígenas en el Estado de California, son buena muestra de la seriedad de su trabajo. Sus aportaciones al asunto de las carreras políticas de los genocidas, tan cercanos siempre al trabajo de gestión de personal, y los *curricula* de los participantes en la lista genocida son en algunos casos verdaderas aportaciones incluso para el lector especializado (p. 275). Se trata de datos y documentos comentados sobriamente pero sin desactivar su carga política sobre la teoría de la democracia. Sólo el capítulo 11 sobre la limpieza comunista (Stalin, Mao y Pol Pot) bastaría para recomendar

la lectura de esta obra, pero son muchos los puntos en los que Mann incide de forma no invasora, sino invitándonos a reconocer lo que ha pasado y a meditar sobre ello. Lo mismo se puede decir de sus líneas sobre los daños misioneros y el efecto destructivo de las religiones convertoras. El destrozo de la modernización y la conjunción de política y genocidio como en Ruanda y Burundi (pp. 430 ss), se pre-

sentan a través de las páginas como una llamada a no ser olvidadas. Mann esta hablando de hechos tan poco conocidos y estudiados por la ciencia occidental y la política democrática que no necesita forzar los casos para que ellos mismos se vuelvan llamativos y todo un requerimiento a la teoría de la democracia occidental.

MARC LLAMBRICH